



REDACCION Y ADMINISTRACION:
O'Reilly, 54, entre Habana y Compostela.

SATÍRICO Y LITERARIO.

DIBUJANTE CARICATURISTA:
Víctor P. de Landaluze (D. Junípero.)

Año III.

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA
Un mes.....\$ 1,, Un año.....\$ 10,,
Seis meses.....\$ 5-25 Núm. suelto.....\$ 25

Habana 8 de Diciembre de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION EN INTERIOR.
Tres meses.....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75
Seis meses.....\$ 7,, Núm. suelto.....\$ 30

Núm. 49

SUMARIO:

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Truenos, por Juan Pérez.—Frituras, por Juan de Juanes.—Cuentos de Manigua: El Chavallillo, por Juan Sin-Tierra.—Epístolas á JUAN PALOMO: de Méjico, por Juan Cachumiku.—El mineral de Catorce, por José T. de Cuellar.—Galería de señoras, La Solterona, por Manuel de Hano.—Revoltito teatral, por Juan Particular.—Sartenazo.—Geroglífico.
CARICATURAS.—Por Don Junípero y Cisneros

MENESTRA SEMANAL.



Bien venido sea el rico presente que los voluntarios de la libertad de Madrid remiten á los voluntarios de Cuba!

Bien venida sea la histórica enseña que se levantó orgullosa en el

Trocadero, frente por frente de las tropas francesas que mandaba el duque de Angulema!

Esa bandera sagrada ya conoce el brio con que sabemos sostenerla para rechazar extranjeras invasiones: ya ha podido medir la fuerza del brazo que la levanta á grande altura: ya sabe que entre españoles no será nunca rendida.

Pronto conocerá que, al pasar del uno al otro mundo, no ha perdido en el cambio; pronto verá que con igual fuerza, igual brio, la misma entereza é idéntico patriotismo será elevada y mantenida en el honroso puesto que le corresponde.

¡Bien venido sea el rico presente de los voluntarios madrileños!

Trocadero; 7 de Julio; 10 años; 7 de Octubre; San Fernando: Fidelidad y constancia; Setiembre de 1840; Barricadas; Amadeo I; Mérito Militar, son las corbatas que adornan la bandera.

Cada una de ellas es un recuerdo de nuestra historia contemporánea: cada una de ellas representa una de las luchas sostenidas por el pueblo español en pró de la idea moderna, de la idea del progreso.

Ha recorrido, pues, esa bandera todo el calvario político; ha sufrido todos los vaivenes del partido liberal.

Por eso, justo es que ahora descansen en brazos del patriotismo compacto de los que no nos metemos en el terreno candente de la política.

En España hubiese sufrido alternativas crueles, eclipses larguísimas cuando el partido liberal no ejerciese el mando: aquí será siempre venerada con igual empuje: aquí dará sombra á todos; aquí no encontrará hombres divididos por la pasión de partido; aquí sólo hallará españoles que defienden el pendon de Castilla.

¡Bien venido sea ese estandarte! Congratulémonos de que esa bandera tenga una historia gloriosa: procuraremos que esa historia no se borre nunca de nuestra imaginación. Sea para nosotros un depósito sagrado. ¡Lo será!

Se ha estrechado el lazo de union entre los voluntarios de la Península y los de Cuba.

Se han hecho unos mismos los intereses de ambos institutos. Ha venido desde allá la prueba de afecto más grande que nos podían dar nuestros hermanos.

¡Y se murmuraba!
¡Y se pretendía divorciarnos!
¡Y se quería despertar rivalidades!
¡Pobres hombres los que tal intenten!
Que vengan á presenciar el espectáculo que ofreció la Habana en el solemne acto de la entrega del estandarte.

Que vengan, que vengan, y se morirán de vergüenza.

Pero la Madre Pátria no es una bandera lo que solamente nos envía. También nos manda corazones leales.

Con satisfacción leo en los periódicos de la Península, que la recluta para cubrir las bajas de este ejército está dando magníficos resultados.

¡Ensánchate, corazón!

Aún hay españoles que prefieren exponer su vida en defensa de la honra nacional á declararse en huelga, á murmurar del gobierno, á sacudir garrotazos para obtener votos electorales, y á degenerar en carlistas.

¡Aún hay pátria, Veremundo!

Y á esos hombres, que voluntariamente abandonan sus hogares sin otro guía que el amor de la pátria y sin más ayuda que su fé en el porvenir, dentro de poco les llamarán feroces los yankees.

Porque ya hemos convenido en que la ferocidad española es la que ha proporcionado á Henderson pasaportes, recomendaciones, alimento sano y hasta bailes.

A propósito de Henderson.

Sospecho, y hasta casi tengo certeza de que ha abandonado esta Isla. Sin encontrar á Céspedes, por supuesto.

En cambio, su émulo Stanley está siendo objeto en Nueva Yoak de grandes festejos por haber hallado al célebre Livingstone en el Africa.

Lo cual prueba que los embajadores del *Herald* dan mejor resultado en los países salvajes que en los civilizados.

¿Por qué será?

Quizá este misterio podrá explicarse por la siguiente costumbre de los yankees que acabo de saber.

La policía en los Estados Unidos está muy bien montada.

(Sobre la cruz de los pantalones, y los pantalones están muy bien hechos).

En mitad de la calle le dá un patatús á cualquiera; la policía lo recoge y lo encierra en el lugar destinado á los borrachos. Por sí ó por nó.... dicen ellos.

Un individuo lleva en el bolsillo un reloj de oro que heredó de su padre, que le regaló su novia, que le compró á un jugador ó que se lo debe al fabricante: lo mismo dá.

Pasa por su lado un ladron que se enamora del reloj sin verlo; como sucede á los vástagos y vástagas reales y á muchos tenores en las zarzuelas.

En vez de detenerse á inquirir la procedencia de aquél reloj, le pega un palo á su dueño, traslada á su bolsillo la prenda robada y se va, como en las comedias de aficionados.

El ex-dueño del reloj cae desmayado; la policía lo recoge, y cuando se le pasa el soponcio le hace pagar la multa por borracho.

¡Si serán previsores!

Sí, señor; confieso que son previsores, pero reconozco al mismo tiempo que no hay en aquél país igualdad ante la ley.

Allí existe una porcion de gente que vive del laborantismo.

¿Por qué el gobierno yankee no juzga por borrachera sus deslices?

Sale por allí un periodiquillo cualquiera ó un individuo pidiendo garantías, derechos y reconocimientos para los cubanos rebeldes, ¿qué hace la policía, que no considera este hecho de embriaguez pernicioso?

Y esto debería hacerse ántes de que cayesen en la calle, porque hay sujeto en el laborantismo que si cae de cabeza, destroza los adoquines.

Como en esta tierra no ocurre nada que digno de contarse sea, tengo que buscar los asuntos en otra parte.

Porque aquí no pasa nada: sopla unas veces el airecito norte; otra les sopla la musa á los poetas, que se reúnen á menudo en agradables veladas literarias; á muchos les soplan la novia, y algunos tenores de Tacon le soplan un gallo al lucero del alba.

Todo es cuestion de soplidos; por eso estamos casi sin resuello.

Tomo aliento y doy un salto á la Península.

Allí las cosas están de muy distinto modo.

Los carlistas cobran contribuciones y fusilan alcaldes.

En cambio, dicen que á Baldrich, su perseguidor, le van á colocar en un elevado puesto.

Las estrellas se conmueven con esta noticia. El día que ménos se piense, sale un astro con boina, seguro de que así no le ha de hacer ningun daño el general convecino suyo.

Los leales de Puerto-Rico desean que los coloquen tan alto que se pierda de vista.

Continuemos.

Un periódico ha llamado *Atila* al ex-ministro Figuerola, y se ha quedado tan serio.

Figuerola podrá contestar que el que así le llama es *uno*—con *ache*.

Casi todos los habitantes de España escriben cartas pidiendo compartir con Sagasta la responsabilidad de aquella transferencia.

Esto se parece á lo que hacen aquí los chinos, que cuando uno comete un delito, se declaran reos todos los presentes.

(Al oír hablar de chinos, pide la palabra el marqués de San Eduardo).

Nota.—Mientras se contente con pedir la palabra, bueno vá, pero estoy seguro de que con la palabra pide otra gran cruz.

Se acabó el surtido y encarece la mano de obra, por el mucho consumo.

Adelante con el relato de lo que pasa en la Península.

Rivero continúa siendo Presidente de los Cortes; Salmeron, sábio, y Diaz Quintero, tonto. Nada ha cambiado. Ni siquiera de casaca algun general unionista.

El conde de Cheste ha llegado á Madrid.—Sota en puerta, *restauracion* á la vuelta.

Ha aumentado en las Cortes el número de los tontos.

¡Oh influencia del ilustre conde!

Todo el mundo espera el trueno mayúsculo, pero lo cierto es que el gobierno radical se consolida y la administracion entra en caja.

¡Ah! otra cosa ha ocurrido, que prueba la intranquilidad de los ánimos y lo desocupados que están los madrileños.

El marqués de San Eduardo ha sido nombrado coronel de milicias de Cuba. ¿Nada más?

Algun amigo podría decirle al marqués que aún hay vacante alguna mitra.

Puede que le conviniese.

JUAN PALOMO.

TRUENOS.

Estamos en la época de los truenos gordos.

Lean ustedes los periódicos nacionales y extranjeros, los de la localidad y los del exterior; lean ustedes esos breves telegramas, y adivinen lo que el laconismo y la conveniencia suprimen; escuchen las pláticas de café, las disertaciones políticas, las noticias oficiales, las conversaciones domésticas; consulten ustedes con la mirada los semblantes y con la intencion las conciencias; sorprendan los gestos, cojan al vuelo la idea, averigüen, examinen, busquen, y verán como no me equivoco al decir que estamos en plena época de truenos y rayos.

¿Van ustedes, lectores míos, al teatro? Supongo que sí, porque toda persona ilustrada, y desocupada á ciertas horas, y en estado solvente que le permita pagar una butaca, acude á él con el plausible propósito de *instruirse* y *deleitarse*, aunque muchas veces no consiga lo uno ni lo otro, que no todas las empresas, ni todos los talentos saben cumplir aquél precepto de Horacio: *útil y dulce*.

Pues en los teatros tambien hay truenos y algunos muy regularcitos; por ejemplo, en el *C. e. Albi* su trueno el sentido comun con *La Carajada* y *Diego Corrientes*, mientras la empresa se rie hasta desternillarse de gusto al ver los pingües resultados que le proporcionan esos cien piés literarios, especie de sinapismos que le aplican al público para meterlo en calor; y el público se *caloriza*, sí, señores, tomando la cosa con empeño; aplaude á rabiarse las bravatas de Diego y las convulsiones de Andrés, y al día siguiente lee que un gacetillero encomia su buen gusto, sin ponerse colorado.

En Tacon tambien hay truenos; gordo fué el de la señora Blume, que presenció un público que empieza á tronar contra la empresa sin que le falte razon. Allí hemos visto á una *Lucrezia* tronada y á una *Favorita* idem; aunque, francamente, para tronado, nada como *Hernani*; no lo hubiera conocido la madre que lo parió, segun lo han puesto las damas y caballeros que lo trajeron entre manos.

La atmósfera de Tacon se carga de electricidad. *La tempesta é vicina*, y hacen falta para dispararla media docenas de *Profetas* por el tenor de Tamberlick.

S. M. Carlos VII, monarca del género bufo, truena con la mitad de sus partidarios, y la otra

mitad truena con él, llamándolo tonto. ¡Tonto! un rey de derecho divino, de los que vienen al mundo chorreando ciencia por todos los poros, con un talento heredado de primera fuerza, con una inteligencia intuitiva y obligatoria, que conservan en agraz para que no se pudra, que saben más de política que Maquiavelo, más de administracion que Figuerola, más de arquitectura que Churriguera, más de nigromancia que la madre Celestina, y especie de *sábelo-todo* de bolsillo, sin aplicacion conocida! Tonto don Carlos, el hijo de papá y tío de su sobrino, que ha hecho de sus parciales un rebaño de *primos*! Oh, imposible!

Sigue tronando; el ruido viene del centro de Europa, un si es no es inclinado al Norte; es un trueno alemán el que escucho, profundo, sordo, filosófico, indefinido, para desmentir la raza. Algo pasa en Berlin. ¿Tronó la diplomática idea que reunió tres testas imperiales al rededor de una mesa? ¿Se echó á perder la masa, y el pastel no quedó tan perfecto como los anteriores? Nó. Es Bismark que habla, Bismark que escandaliza al mundo con su flemática inquietud, es Bismark que truena contra los jesuitas y los hace salir de *sus dominios* á toca-teja.

Otro trueno; es por la parte de Inglaterra; acaba de tronar en Lóndres el empréstito *mambí*, proyectado por Macías, Aldama y Jacinto Valdés. Este, más que trueno, es un estallido; se han roto las cuerdas del violon en que la revolucion cubana preludiaba sus triunfos.

Ahora siéntese el zumbido de un trueno de quinto orden, sin importancia ni consecuencias, que aunque molesta, no espanta; por la parte de Francia se percibe, y ya más distint, caemos en la cuenta de que es el conde de Chambord el que arma el jaleo, publicando un manifiesto en el que truena contra la república; éste truena porque quiere un trono. ¡Desventurado, que no sabe cuán cerca se halla el trono del trueno, en Francia y en el idioma de Cervantes! La cosa, por lo demás, no tiene malicia, y á Mr. Thiers le tienen sin cuidado el conde de Chambord, las intrigas bonapartistas y las moscas. Más tronó don Luis, y sin embargo, permanece destronado en situacion de reemplazo.

Tambien truena en la pátria de Dante y Mazzini. Su Santidad ha recibido á las corporaciones que han ido á visitarlo, tronando contra Víctor Manuel y su gobierno, contra la unidad italiana, contra la supresion de aquellos zuavos, tan vistosos y eficaces en cobrar la paga, contra todo lo que ha pasado á la categoría de hecho consumado, en virtud de la simple sancion nacional. Estos truenos místicos, barruntos de tempestades católicas, producto de una infalibilidad que rara vez se equivoca, tienen un sonido especial, armónico, edificante y suave como verdadera música. Son los truenos que engendran el relámpago de la censura, y luego el rayo de la excomunion, que los modernos han hallado el medio de esquivar, quedándose tan frescos.

No sólo hay truenos en Europa, que tambien suele correr mal tiempo en este Nuevo-Mundo descubierto por Colon, sin duda para proporcionarle, andando el tiempo, una republiquita que presidir á Carlos Manuel Céspedes.

La comiston de Henderson tronó como arpa vieja; al comenzarla hizo alguna bulla, despues todo el mundo se fué convenciendo de que no merecía la pena de hablar de ello, y por último, el embajador de Mr. Bennet se largó, abrumado por la impertinente indiferencia española, que apenas se permitió reparar en él.

¡Cuántos sueños laborantiles de ávidas complicaciones internacionales echados por tierra!

Despues de tronar la candidatura Greeley en los Estados-Unidos, el protagonista tambien tronó por su cuenta, yéndose al otro mundo con sus aspiraciones presidenciales. Este fué un trueno que terminó en catástrofe.

En la Habana se escuchan tambien algunos truenos parciales, á los que nadie hace caso; ¡tan acostumbrados estamos todos á oírlos con oídos de mercader!

Tronamos todos contra el mal piso de las calles, contra el auto de fé que se hace con las basuras públicas en el centro de la ciudad, contra las inmoderadas pretensiones de los caseros, contra la carestía, cada vez más insoportable, de los artículos de primera necesidad, y contra la Empresa del gas.

Ya ustedes ven que no nos falta entretenimiento; afortunadamente, este no se acabará nunca, porque, para el efecto, no se pone la enmienda que nos cerraría la boca.

JUAN PEREZ.

FRITURAS.

El gran descubrimiento del siglo se ha verificado, si hemos de creer á los periódicos franceses, en la buena ciudad de Paris.

Ni la direccion de los globos, ni la cuadratura del círculo, ni la piedra filosofal, ni el patriotismo de los partidos políticos, ninguno, en fin, de los problemas que están aún por resolver en este mundo, puede ser tan bien acogido por la humanidad como el que acaba de resolver un humilde peluquero, un verdadero artista *capilario*.

Se acabaron los calvos! el peluquero parisiense ha encontrado un medio de coser los cabellos uno á uno sobre la brillante superficie del cráneo más pelado.

Los cabellos se sostienen, dicen, tan bien y tan firmes como los verdaderos, y la costura es invisible.

Desgraciadamente, por ahora, el sistema no está al alcance de todas las fortunas, pues cuesta *un franco por cabello* y se necesitan lo ménos 10,000 pelos para cubrir una calva regular.

¡Desgraciados aquellos cuya frente empieza en el cogote!

Esperemos, sin embargo, que andando el tiempo, el nuevo sistema estienda su benéfica influencia tanto sobre la modesta calva del dependiente como sobre la orgullosa luna del opulento banquero.

Ese día será declarado de fiesta nacional por todos los gobiernos, y se enseñará un calvo como una curiosidad, á peseta la entrada.

Un ladrón en un tribunal.

El juez.—Esta es la quinta vez que comparece usted ante este juzgado, y siempre por los mismos hechos. El tribunal le sentencia á usted á tres años de prision.

El acusado.—Eso es una injusticia, señor juez. Aquí está mi abogado, que comparece todos los días y por las mismas causas, y no le han hecho nada todavía.

El coronel C.... á quien el Ministerio de la Guerra dejó de reemplazo, fué á ver á su hijo, que estudiaba filosofía en un colegio particular.

—¿Qué te enseñan por aquí? le dijo.

—En estos momentos estamos en psicología.

—Y eso qué es?

—Es el estudio de las tres facultades del alma; la sensibilidad, la inteligencia y la actividad.

—Ah! la actividad! no hace mucho que yo estaba en actividad; y ¿qué dicen de la actividad?

—Que depende de la voluntad.

—Eso no es cierto! replicó el coronel malhumorado; depende del Ministerio de la Guerra.

En estos últimos días, segun vemos en los periódicos italianos, se han exportado de Milan y de Florencia, con destino á Paris, grandes cantidades de gatos.

El enorme consumo que tuvieron esos animales en las fondas y restaurants durante el sitio hace que el artículo haya subido á un precio exorbitante.

Será divertido hacer la travesía del Mediterráneo en un buque de los que se dedican solamente á ese tráfico!

En un teatro solicitaban un director de orquesta. Un caballero muy bien portado se presenta en la contaduría solicitando el empleo.

—¿Qué instrumento toca usted? le preguntó el empresario.

—Yo, ninguno; pero siempre he visto que el director de orquesta no toca nada. Se viste muy elegante y hace muchos gestos con una varita en la mano, y eso puedo yo hacerlo tambien.

—Y qué tal su hijo de usted, don Procopio? ¿es fuerte en leyes?

—Ya lo creo; como que sostiene dos arrobas con el brazo tendido.

—De modo que cuando los jueces no se convencen con sus argumentos....

—Siempre le quedan los puños.

Un juez de Logansport (Indiana) ha disparado un tiro á un ciudadano, que no estaba satisfecho de la manera de administrar justicia de su señoría.

Esto me recuerda aquél alcalde de montera que en juicio dijo á una de las partes:

—Modérese usted, porque aquí se hace justicia y se rompe la crisma.

Ya no me extraña que la Nilson haya exigido 10,000 pesos al mes por cantar en San Peterburgo. En la noche de su estreno la llamaron veinte y dos veces á la escena; y esto es un trabajo que merece pagarse bien.

Además, al retirarse la Nilson para su casa, fué tal el entusiasmo de la multitud, que por poco se desbocan los caballos del carruaje de la prima donna con los vivas y los aplausos.

Todos estos percances bien valen los 10,000 consabidos.

Decía Theófilo Gauthier cuando se hablaba de la música, que era de todos los ruidos el más digno de castigo, porque se hace con premeditación y alevosía.

—Caballero, una limosna para este pobre ciego cargado de familia.

—¿Cuántos hijos tiene usted, hermano?

—No puedo decírselo á usted fijamente, señor, como no veo....

Dice el *Charivari*:

Para criadas precavidas. la que tomó la familia de nuestro amigo R....

Al día siguiente de su entrada en la casa se presentó á la señora con el dedo envuelto en un trapo, y preguntaba con voz conmovida:

—¡Ay, señora! los cubiertos de aquí son de plata verdadera?

—Por qué lo preguntas, muchacha?

—Porque acabo de pincharme con un tenedor, y me han dicho que cuando son de otro metal que no sea plata, las heridas se envenenan y hay que sangrarse.

La señora suelta la carcajada al ver la inocencia de la doméstica.

—No tengas cuidado, mujer, la dice, mis cubiertos son de buena plata; como se encuentran pocos en estos tiempos.

Al otro día la criada y los cubiertos habían desaparecido.

JUAN DE JUANES.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO QUINTO.

EL CHAVALILLO.

XXI.

¿Recuerdan mis lectores el capítulo del *Quijote* en que el inmortal Cervantes dejó en suspenso el ánimo del mundo (porque el mundo lo componen sus lectores), al referir el combate del valeroso vizcaino con el famosísimo caballero manchego? ¿Recuerdan que al concluir ese capítulo, quedaron los dos combatientes con las espadas levantadas en actitud de abrirse en canal? El célebre manco de Lepanto supo cautivar la atención del lector, haciéndole esperar en un nuevo capítulo, y después de una pequeña digresión, el resultado de la descomunal pelea; y yo, pobre de mí, que no soy inmortal, ni tengo derecho á exigir que el público siga mi narración con interés, he querido imitar á aquella maravilla del orbe literario, dejando en la espesa manigua de Nuevitás á Víctor Guillen bajo la terrorífica impresión que debía naturalmente producir en su espíritu el contacto de la boca del revólver del *Chavalillo*, apoyada contra su corazón.

Un segundo más, y á Guillen iban á abrirle de par en par las puertas de la eternidad; su contrario había adquirido el derecho de matarlo en buena ley (si es que hay leyes buenas para matar á nadie) puesto que habiendo recibido el primer tiro de su arma, debía disparar la suya á discreción. Víctor era buen cristiano, y para no morir impenitente, elevó al cielo los ojos, pidiendo á Dios que le acogiera bondadoso en su seno, porque con verdadera contrición se arrepentía de sus culpas y pecados; aunque este acto fervorosísimo duró breves instantes, había pasado tiempo de sobra para que Frasquito hubiera tocado el gatillo; pero cuando el cabo bajó los ojos, se encontró con los de aquél, que le contemplaba con fría impasibilidad; entónces se estremeció ante el temor de la muerte que tardaba, y con exasperación le dijo:

—Está usted en su derecho matándome, pero no debe usted gozarse en su triunfo atormentando al vencido. Tire usted pronto.

—¿No ama usted la vida? le preguntó el mozo con calma.

—No puedo amarla.

—¿Por qué?

—Porque la vida no me pertenece ya; de usted es, y se la entrego. ¡Tire usted, señor Contreras!

—Esta es, señor Guillen, la tercera vez que me debe usted la existencia.

—¿No me mata usted?

—Creo que nó.

Víctor respiró con libertad.

—¿A qué debo este arranque de generosidad?

—A una protesta que hago contra la suerte.

—¿Qué protesta es esa?

—He venido á este sitio con la seguridad de morir y no con el deseo de matar; pero la suerte me ha hecho traicion.

—Esas palabras encierran un misterio.

—Sí, contestó el *Chavalillo* separando su revólver del pecho del cabo; es un misterio para usted impenetrable.

—¿Y lo será siempre?

—¿Dios lo sabe!

—Es decir que me perdona usted la vida?

—Creo que sí.

—¿En qué se funda esa creencia?

—En las condiciones que impongo.

—¿Cuáles son? Acaso no esté yo dispuesto á hacerlas.

—Entónces empezaremos de nuevo el combate. Aquí hay cinco balas en cada revólver, y podemos cambiarlas hasta que mi cuerpo caiga herido mortalmente.

—¡Eso no es posible, Contreras! Pelearía yo con ventaja, y me niego á reñir con el que no quiere defenderse, escogiéndome como su verdugo.

—Pues no hay otro remedio; no olvide usted que lleva en el rostro la mancha de la deshonra impresa por mi mano.

Víctor se puso encendido como la grana, y acarició su revólver, pero se repuso en seguida, diciendo:

—He lavado esa mancha enviando á usted una bala que no ha querido dar en el punto adonde la dirigí.

—¿A mi corazón?

—Justamente.

—¡Mala mano tiene usted, Guillen!

—Veamos las condiciones.

—Dije á usted antes, que amaba á Javiera Salcedo, y le engañé, pues no tuve otra idea que obligarle á reñir.

—¿De veras? preguntó Víctor con vivísimo interés.

—Nunca miento.

—¿Es usted incomprensible!

—Más de lo que usted piensa.

—¿Qué se propone usted ahora?

—Imponer la condición que me ha pedido usted para que recobre la existencia que creyó perdida.

—Ya escucho, dijo el cabo cruzándose de brazos.

—Si no quiere usted que aproveche la bala que está en mi revólver esperando el momento de esconderse en su pecho, es preciso que me haga usted formal promesa de renunciar á Javiera Salcedo.

—¿Es una condición durísima!

—Más dura es la muerte, repuso el *Chavalillo* sonriéndose con la mayor calma y colocando de nuevo la boca del arma sobre el pecho de Víctor.

—Abusa usted de la suerte, añadió éste sin vender en su rostro la alteración que le había producido nuevamente el movimiento significativo de su rival.

—No abuso: uso de mi derecho.

—¿Quiere usted que renuncie á Javiera para que le deje libre el campo?

—He dicho que no la amo.

—Entónces....

—Entónces, lo que quiero es que los dos nos separemos de ella.

—No veo el motivo, ni comprendo el deseo de usted con esa extraña exigencia.

—Es una cuestión de amor propio.

—¿No me ponga usted en tan duro trance, Contreras!

—Acabemos de una vez; vine resuelto á morir, pero la Providencia no ha querido otorgarme ese favor. Es tarde, y tenemos que volver al pueblo, uno sólo, ó los dos, si se pone usted en razón.

—Pero esa exigencia....

—No hay más que un segundo ya. ¿La vida ó la muerte! ¿Renuncia usted al amor de Javiera Salcedo?

Los ojos del *Chavalillo* brillaban con un fulgor siniestro que aterró á Víctor, y comprendiendo que su vida corría grave peligro, dejó escapar estas palabras:

—Sí: renuncio.

—Doy á usted la existencia á cambio de esa oferta que ha de cumplir fielmente.

Víctor Guillen dobló la cabeza sobre el pecho y se quedó aterrado; el *Chavalillo* desmontó su revólver, lo guardó en el bolsillo y le dijo:

—Nuestra amistad ha concluido, pero vigilaré á usted para exigirle estrecha cuenta de su conducta. Adios.

Y echó á andar sólo, dejando á su compañero inmóvil, sin saber lo que le pasaba, sin comprender lo que había hecho, buscando acaso la manera de salvar el compromiso en que le ponía aquella especie de juramento que le había salvado la vida.

Apénas se había internado el jóven en la manigua, cuando todavía no había tenido tiempo Víctor Guillen de reponerse, sintió éste que unos robustos brazos le sujetaban por detrás, y al volver la cabeza, vió dos negros que le hacían prisionero, habiéndole quitado toda acción para defenderse; lanzó un grito penetrante, y la palabra ¡Traicion! se escapó de sus lá-

bios; entónces un jóven, blanco, vestido de rusia, con la escarapela rebelde en el sombrero de jipijapa, le puso un puñal al pecho. Víctor estaba perdido, pero no contaba con la Providencia, que no le había abandonado nunca, valiéndose siempre de la misma persona.

El grito del voluntario atravesó el espacio y llegó á los oídos del *Chavalillo*, que se retiraba; el corazón del jóven latió con violencia, y comprendiendo que su compañero de armas corría algun peligro grande, volvió atrás, apareciendo por entre las matas en el sitio donde le había dejado momentos ántes; una bala de su revólver, la misma que en el acto del duelo debía haberse escondido en el pecho de Víctor Guillen, hizo pedazos el cráneo del jóven insurrecto que le amagaba con el puñal.

Víctor dió un segundo grito al divisar á su salvador, y cobrando aliento, movió con violencia los brazos para desasirse de los negros que le sujetaban; uno de ellos le soltó, y lanzándose sobre el cadáver de su jefe le arrancó del cinto una pistola, con la que apuntó al *Chavalillo*: la vida de este corría grave riesgo, y hubiera sucumbido á no haberse presentado como por encanto un soldado, que de un salto se colocó delante del jóven, recibiendo en el pecho la bala del negro.

El hombre generoso que había salvado la vida á Frasquito, á costa de la suya, era el valiente veterano Pedro Contreras.

Un rugido salió de los lábios del *Chavalillo* al ver en tierra á su buen tío, arrojando un torrente de sangre por la herida; entónces se precipitó sobre el negro, y á boca de jarro le abrasó las entrañas; el otro negro, acosado por Víctor, que había podido desprenderse de sus garras, huyó por entre las maniguas como el lobo que huele la pólvora, sin que le alcanzaran las balas que contra él dirigieron los voluntarios.

—El campo es nuestro! gritó Víctor Guillen.

—Pero ¡qué costal exclamó Frasquito dejando escapar dos lágrimas y doblando una rodilla en tierra para inclinarse sobre el cuerpo de Pedro Contreras. ¡Infeliz! ¡tan valiente! ¡ha muerto como ha vivido!....

—Esta es la cuarta vez que debo á usted mi vida, señor Contreras; estará escrito que ha de ser usted mi Providencia, y respeto los arcanos del cielo. Venga esa mano.

—Nó, Guillen, dijo el mozo retirándose.

—¿Insiste usted en rechazar mi amistad?

—Sí: para conquistarla necesita usted hacer mucho.

—Y si no estima usted mi amistad, ¿por qué ha acudido en mi auxilio cuando me cogieron prisionero?

—No acudí al grito de Víctor Guillen; of la voz de un hermano, de un compañero de armas, y era un deber mio morir á su lado.

—Es usted incomprensible, como ya le dije, Contreras; pero hay en usted una grandeza de alma que me asombra.

—La protección que á usted he dispensado me cuesta esta vez muy cara: ¡mi pobre tío ha muerto por defenderme!

—Creo que respira.

—Vivo ó muerto, no puedo dejarle aquí; no merece un valiente que profanen sus restos, ni nuestros enemigos, ni los picos de las áuras.

—Me corresponde llevarlo al pueblo, pues por mí ha perecido, dijo Víctor haciendo un esfuerzo grande para cargar con el cuerpo de Pedro, y vámonos pronto, porque los rebeldes recibirán la noticia de lo ocurrido por conducto del negro que escapó de nuestras balas, y cargarán de seguro sobre nosotros.

Echaron á andar, y con fortuna llegaron al pueblo, donde Víctor, cansado con el peso de su carga, dejó á Pedro Contreras en el hospital, al cuidado de su sobrino, presentándose en seguida á dar cuenta del suceso, no sabiendo cómo disculpar su presencia en la manigua, habiendo penetrado en ella sin orden de sus jefes.

(Continuad.)

JUAN SIN-TIERRA.

A LOS VOLUNTARIOS DE LA ISLA DE CUBA.

VINDICACION.

Si la calumnia despiadada y loca
Cebóse en vuestro honor inmaculado,
España con su amor os ha vengado
Y vuestras glorias con orgullo evoca.
Sabe que sois indestructible roca
Dó siempre la traición ha tropezado,
Y al ver tanto civismo desdénado,
Toda su indignación la juzga poca.
Basta, dice, de errores é injusticia
Que á los ojos del mundo nos rebaja,
Y de Madrid la liberal milicia,
A quien también el despotismo ultraja,
Como protesta de la España entera
Lleve á los leales su inmortal bandera.

I. GU ASP.

Parécenos que la empresa de ópera que actúa en Tacon haría muy bien en contratar al célebre tenor Abruñedo, que hoy tanto llama la atención en Nueva York. A juicio de inteligentes que lo han oído, es un artista de grandes facultades, que sería aquí acogido con placer y orgullo, por lo mismo que es compatriota nuestro.



Si sacrificáis mil por la ventura—de esta tierra española—amenazada por inicua saña,—hicieron los leales á porfía,—hoy premian con usura—ese valor que nuestra fé acrisola—los nobles hijos de la invicta España.—
con el noble estandarte—que su eterno cariño á Cuba envía.



Primer norte y baño de piés.—Exhibición de armas prohibidas, como gabanes del año 8 y otras prendas de diversas épocas.



D. José T. Cuéllar, escritor mejicano.

Mme. De-Baillou, (en la SONAMBULA).

EPISTOLAS A "JUAN PALOMO."

MEJICO, 26 DE OCTUBRE.

Estimado amigo: con el mayor dolor veo el vacío que se nota en los periódicos de esa rica capital respecto á correspondencias de Méjico. Lo más que suelo ver son revistas hechas con noticias tomadas de los periódicos, en que resaltan muchas inexactitudes; no sólo porque cada periodista exagera, disminuye ó desfigura las cosas, segun el partido á que pertenece y los principios que defiende, sino porque á veces se publican noticias falsas, que despues son desmentidas, y ahí llegan los números en que se dá cuenta de un hecho imaginario, y no aquellos en que se verifica. Ya sabe usted lo que es el periodismo cuando representa la política: de todo saca partido, todo lo utiliza y en nada se pára por conseguir sus fines. Así, se vá á juzgar del estado de Méjico por lo que dicen [por ejemplo], *La Voz de Méjico* ó *El Ferrocarril*, periódico el primero reaccionario y adorador del imperio, y el segundo, porfirista y opositorista á todo gobierno, el país marcha á su ruina á pasos agigantados, y la desmoralizacion cunde por todos lados: y si lee usted el *Diario oficial*, Méjico es el pueblo más rico, más poderoso, más teliz del universo.

Con esto, repito que los habitantes de esa rica Antilla no pueden formarse idea exacta de lo que es Méjico, de lo que en él pasa.

Méjico es una de nuestras antiguas colonias que más amor, más cariño y más respeto nos tiene. Aquí los españoles son mos considerados mejor que los de ninguna nacionalidad; jamás han cometido atropellos contra nosotros, á pesar de que muchas veces no ha habido ni cónsul que nos represente, por fin, se han conservado de tal modo en este país nuestras costumbres, nuestras tradiciones y nuestras virtudes, que el que llega á él directamente de España, cree desde luego hallarse en su patria. La permanencia en ésta de nuestro ministro, el señor Herreros de Tejada, ha venido á estrechar más los lazos entre mejicanos y españoles. Este caballero ha observado aquí una conducta tan irreprochable, ha mostrado de tal modo sus buenos talentos, su tacto diplomático y su noble corazón, que se ha captado las simpatías generales. No hay acto público á que no se le invite: no hay diversion privada á que no se le convide: no hay espectáculo á que no se le ruegue que asista. Si son merecidas tales distinciones, lo dirán dos hechos que recuerdo de él. El año pasado asistió á todos los exámenes de los colegios de esta capital, y gastó de su propio peculio unos 2,000 pesos en libros para regalar en clase de premios á sus alumnos; en meses pasados se abrió un empréstito para socorrer al Gobierno, que se hallaba en difícil situacion, y él se suscribió con 12,000 pesos. ¿Cómo no amar á quien así demuestra su bella alma?

Con estos antecedentes, ya se deja conocer que es un abandono notable que los periódicos de Cuba no tengan en Méjico corresponsales, como los de aquí tienen allá, que haciendo saber lo que pasa en el país de Moctezuma á sus hermanos de las Antillas, estrechen así las relaciones de pueblos hermanos, que en su trato y comercio, ganarán mucho. Este vacío me propongo yo llenar, amigo director, escribiéndole por cada paquete cuanto pase en esta república, y de mencion sea digno. La presente me servirá sólo de introduccion, si bien en ella no tocaré la política, que será motivo para mi próxima. En ella le hablaré á usted de las elecciones para presidente, que con la mayor tranquilidad se van verificando, de los temores de guerra con los vecinos Estados Unidos, que constantes en sus deseos ambiciosos de extender su territorio, de continuo buscan motivo de querella para *absorberse* algun pedazo de la tierra que no les pertenece, de la guerra civil, que ya doy por concluida, y de las empresas financieras de ferrocarriles, bancos hipotecarios, etc., que se promueven y con probables y brillantes esperanzas de buen éxito.

Lo que es en la capital, se goza de una paz octaviana y de una tranquilidad completa. En todos los teatros trabajan regulares compañías, que ven perfectamente remunerados sus *bolsillos*. En el Nacional, que es el mejor, [tan bueno como Tacon], hay una compañía de ópera en que sobresalen la de ustedes conocida y aplaudida señora Peralta, y el barítono señor Starti, que es una verdadera notabilidad. En el Principal (que es como el de Villanueva), trabaja una dramática española, en que son de notar el señor Muñoz y la señora Belaval; y otra en el de Hidalgo. A más, hay circo de acróbatas, gimnastas, etc., etc.

De algun tiempo á esta parte vá tomando en Méjico gran vuelo la literatura dramática, y es rara la semana en que no se ofrece al público alguna obra nueva. Entre ellas citaré como de gran mérito el drama del joven Acuña "El Pasado," que es una obra maestra, y que remitiré á usted cuando se imprima. "El Novio Oficial," de mi amigo el señor don Juan Mateos, comedia de costumbres, llena de sal álica y de *sprit*, y un drama del señor Prieto de Landázuri, en verso.

El periodismo mejicano, que puede decirse que aún está en la urna, pues el periódico que más suscritores allega, que es el *Monitor*, no cuenta 3,000, vá tambien alcanzando creces.

Se fundan publicaciones literarias y científicas, y se trata de alentar á los principales en el cultivo de las letras.

A propósito de costumbres, y deseando que ustedes conoz-

can las de Méjico, no puedo ménos de recomendarles las novelas del distinguido literato señor don José T. Cuéllar, que hace aquí el papel que un tiempo Mesonero Romano hizo en Madrid. Bajo el seudónimo de "Facundo," hace muchos años que este correcto escritor se dedica á publicar novelas y artículos de costumbres; y se ha hecho tan popular y tan querido de todos, y sus obras tan deseadas, que de muchas de ellas ha tenido que hacer dos ediciones. Razon hay para ello, pues el señor Cuéllar pinta tan bien las costumbres mejicanas, dá á sus cuadros tanta vida y presenta tan á la perfeccion sus tipos, que el lector, al leer sus obras, *vé, toca* lo que lee. Resalta en sus libros siempre el *fin moral*: su crítica es sutil, lijera, graciosa: su estilo correcto, como para pintar costumbres, claro, gráfico, pero sin bajar á lo vulgar.

Entre sus novelas las hay que atacan el vicio en general, y denigran malas costumbres que son universales, y otras puramente de costumbres mejicanas. Así, el que lea las novelas de Facundo, puede decir que sin moverse de su casa ha dado un viaje á Méjico. En tal concepto, desearía que este señor remitiese á la Habana algunas de sus obras, que no dudaría recomendar á usted para que á su vez lo hiciera con el ilustrado público de esa capital, que en ellas encontrará recreo é instruccion, con el conocimiento de los usos de esta tierra hermana.

En fin, amigo mio, siendo ya esta muy larga para *correspondencia introduccion*, la corto aquí, ofreciéndole á usted una más interesante para dentro de ocho dias, y repitiéndome suyo, s. s. q. b. s. m.

JUAN CACHUMIKU.

EL MINERAL DE CATORCE.

[Méjico. Estado de San Luis Potosí].

Cuando el viajero ha logrado colocarse á la altura de las nubes, comienza á descender, y despues de un recodo, vé la poblacion. La primera impresion que recibe al aspecto de Catorce es la de querer volverse atrás.

Figuraos que en una falda que plugo á la madre naturaleza dejar allí, como por favor, entre cuatro grandes montañas, está edificada una poblacion triste, monótona, árida, sin ese claro oscuro de árboles que hace á las poblaciones pintorescas; aquí todas las casas son amarillas; parece una poblacion que se está muriendo de ictericia.

Desciéndese á una plaza cuadrada, hecha en un desvan, donde si una naranja se cae del primer puesto, llega hasta el último; este es el centro de la poblacion y el único perímetro de terreno de alguna regularidad, porque todas las avenidas de esta plaza son aún más inclinadas.

Es un pueblo sin horizontes, porque tiene á los cuatro vientos altísimas montañas, como los muros de una gran cárcel. Casi no hay gente, porque los pobladores de Catorce lo pueblan, como las ratas, por debajo, quiere decir, á algunos miles de piés bajo de tierra, buscando plata.

Hé aquí un tipo especial que me ha llamado siempre la atencion. El barretero.

Este es una especie de presidiario por su voluntad, que se mata sin conseguir nunca su objeto.

El barretero posee en el mundo un calzon y una camisa de manta, una faja, un sombrero y una frazada, y generalmente una mujer.

Sabe que su juventud durará cinco años á más tirar, porque no llegará á los treinta sin estar *cascado*, como llaman aquí, ó *maduro*, como dicen en otros minerales; quiere decir, inútil, muerto.

El metal precioso, llamado con razon por Fernandez y Gonzalez el rey del mundo, es rey para todos, porque con él todo se alcanza, ménos para el barretero.

El barretero ama el metal por el metal, porque nunca le proporciona más que la muerte.

Y sin embargo, el barretero se lanza con una avidez asombrosa en busca de esas piedras negras ó verdes, que tienen plata, como si con ellas fuera á comprar el mundo; descende al seno de la tierra, donde ya no hay ni aire respirable, donde no puede haber ni luz, ni combustion; y á ciegas, y mientras le dura el aire contenido en los pulmones, descarga furibundos golpes contra aquellas rocas durísimas, y cuando ya no puede respirar, cuando siente que se muere, corre á tomar aire á cien varas, y vuelve con su pulmon lleno, pero jadeante, desvanecido, ébrio, y repite, blasfemando, otros golpes; siente que caen algunos fragmentos, y vuelve á agonizar, y luchando todo el día ó toda la noche, que allí es lo mismo, con la roca, con la oscuridad y con la vida, saca un costal de piedras con que gana su subsistencia.

Pero si esas piedras son valiosas, el barretero pone el sábado su asqueroso sombrero para recibir cien ó más pesos acuñados, y baja por unas veredas á la poblacion: allí se encuentra sin ropero, sin mesa, sin un lugar donde depositar siquiera aquella carga; desconfía de todos, y prefiere gastarlos: apera á su mujer de lienzo y atavíos, y con algunas botellas de *mescal* (1) en la cabeza, es víctima de los comerciantes de mala fé, paga tres veces más el valor de lo que compra, dá al traste con su dinero y con su juicio, y despierta en la cárcel.

[1] Aguardiente de Maguey.

La mujer lo rescata el lunes sacrificando las compras que habia salvado, y el martes, el barretero vuelve á quebrar rocas, á trepar á un precipicio para abrir un barreno, á librarse de la explosion escondiéndose en una obra, sofocándose, luchando, muriéndose, hasta que se *casca*, y sale á respirar un poco de aire libre para morir.

Hé aquí el más poderoso esfuerzo de la voluntad, mal gastado, estéril, contraproducente.

Empleando este esfuerzo de trabajo y de constancia en la agricultura ó en la industria, redimiría de la miseria al hombre, haría ingresar á una familia más á una posicion social mejorada; y a pesar de esto, estos lóbregos y profundos subterráneos, abiertos por la codicia humana, están llenos de millares de víctimas que vienen de todas partes atraídos por una vorágine para morir en ella, siempre pobres y siempre desheredados.

Una de las cosas que más llama la atencion de este pueblo es su nombre.

La tradicion vulgar me ha revelado que en estas sinuosidades se refugiaron catorce españoles, y que por mucho tiempo vivieron catorce familias colonizando en una de estas barrancas, donde se levantó una poblacion que conserva todavia el nombre de *Las Catorce*, y está á corta distancia de la poblacion principal, que se llamó el Real de los Alamos, sin duda porque aquí los hubo; pero que hoy, como en el Cedral los cedros, no se encuentran ni restos de aquella perdida vejetacion.

El cielo aquí parece indignado de ver tanta fealdad, tanta ambicion y tantos *cascados*, y se vuelve por esto lo más caprichoso que pueda imaginarse.

En veinticuatro horas llueve, llovizna, hiela, nieva y se esconde la poblacion, y los cerros se cobijan mal encarados; con un inmenso *playd* de neblina: despues cruza un viento corajiento y furioso que barre las calles, despeina á las mujeres, abre las puertas y no deja títere con cabeza: luego se nubla, y á ratos sale el sol parpadeando al través de los cerros y dirigiendo su última mirada á *Los Catorce*, que por la mañana es lo último que vé el rubicundo, porque Los Catorce quisieron desde antaño que no les diera mucho el sol de la insurgencia.

El único llamado paseo de Los Catorce, es el Camposanto: por sus contornos se diseminan algunas parejas escuálidas y silenciosas los domingos en la tarde, y hasta hay muchos que por hacer algo, visitan á los muertos, y cuando ya algunos pastores de las cercanías guían á sus ovejas al aprisco, regresan las personas á las casas amarillas de la poblacion.

Descendí á una de las sinuosidades de la montaña, que es el único punto por donde se vé el horizonte, siempre limitado por enormes cordilleras; desde allí se percibe una ondonada baja, sombría, nebulosa, en que se destacan algunas labores.

Mi anfitrión me condujo á aquél mirador como para explicarme, y me dijo:

—Vea usted, allí están los ranchos: aquél es el Tanque de Dolores, el otro es el *Perdido*, más allá está *Sierra hermosa*. Allí tengo mis posesiones.

—¿Y qué tal? le pregunté.

—Pues vea usted. Los leones no me dejan potrillo, y sólo con la ayuda de la estricnina se logra que en cada manada me dejen cinco ó seis. A veces bajan unas águilas que se *arrean* los animales en el pico como si fueran ratones.

—¿Con que hay tantos animales!

—Sí, sí, señor; hay gatos monteses, y una verdadera plaga de coyotes (1). Los lobos, que son los más astutos, se han ausentado desde que usamos la estricnina.

—Pues en materia de ganadería está usted mal.

—Sí, señor, pero los salvajes son los que hacen más daño; porque se *arrean* las manadas.

—Pero las tierras de sembradura serán fértiles.

—Nó, nó, señor. Son tan delgadas, que es necesario estacarlas para que no se las lleve el agua y deje el cerro limpio y duro.

—Pero, en fin, se recoge....

—Hace dos años que no llueve.

—¿Y la temperatura?

—Le diré á usted. Algunos pastores se me han muerto: por ejemplo, un niño de doce años que apacentaba unas cabritas, se fué al campo una mañana y le *cogió la nieve*, las cabras volvieron la cara y echaron á andar para librarse, y el pastor tras ellas: así anduvieron cuatro leguas, perdidos, porque todo era blanco, por todas partes. Sin duda se cansó el pastor y se escondió debajo de unas palmitas: allí lo encontraron á los quince dias comido de los coyotes.

—¿Pues es la tierra de promision! exclamé.

—Y que los indios....

—¿Con que tambien los indios salvajes?

—Sí, señor; no he podido conseguir que vivan en el rancho más de cuatro familias....

—Con razon.

—Ya no vienen tan seguido.

—Pero vienen.

—Sí, señor; de vez en cuando.

—¿Y qué hacen?

(1) Zorra mejicana.

—Vea usted, una de las veces que vinieron me mataron una manada bruta, y en nueve días que permanecieron por allí, mataron veintitres personas.

—¡Qué horror!

—A los chicos y a las mujeres no las matan.

—¡Ah!

—Se las llevan, continuó.

—Pues, señor mío, no le envidio á usted sus posesiones. Venda usted ese infierno y no aporte por estos lugares.

—¡Quí! nó, señor! Si no hay cuidado.

Hé aquí otra aberración: noto en ese deseo de poseer, algo del delirio del barretero, dije para mí.

—¿Y es usted minero? le pregunté.

—Sí, señor; toda mi fortuna la he gastado en minas.

—Pues Dios le dé á usted una bonanza, con la condición de que no vuelva á acordarse ni del rancho, ni de las minas, ni de Catorce.

Real de Catorce, 2, Nbre., 1863.

JOSE T. DE CUELLAR.

GALERIA DE SEÑORAS.

LA SOLTERONA.

No es por el tamaño, lector, como ya sabes, por lo que se aplica ese aumentativo á las hijas de Eva que no han logrado unir ningún galán al carro del matrimonio, y llegan á cierta edad en el estado de soltería tan deplorable y odioso para la mitad del género humano que gasta cacarilla y polison.

Es la cantidad.... de años que la infelice lleva á cuestras, y la calidad.... de sus prendas morales, lo que, *velis nolis*, hace cargar también con el epíteto de "solterona" al femenino blanco de semejante desgracia, á ese verdadero rigor de las desdichas.

¡La solterona!

Es un sér especial, una criatura *sui generis*, digna de consideración por su desgracia cuando la soporta dignamente; cosa que, si hemos de ser francos, no es la regla general, sino una rarísima excepción, más apreciable cuanto más rara.

La solterona suele rebelarse contra su destino, y esa rebelión de la solterona enfrente de su fatal estrella,—como otra rebelión que todos conocemos, por desgracia, nacida con una *estrellita* en la frente, á semejanza de la burra del cuento,—llega casi siempre á ser ridícula primero, y odiosa y despreciable después.

Pero, ¿qué os voy á contar, queridos lectores, si todos conocéis mejor que yo á la solterona?

Todos la habéis visto y la habéis tratado; todos la veis y la tratáis diariamente.

Todos presenciáis esa lucha desesperada que sostiene sin cesar y con tan poca fortuna, por lo mismo que es la desesperación su inspiradora, contra la mano feroz del tiempo, que, inexorable y minucioso, hace hoy asomar una cana entre sus negros, rubios ó castaños cabellos, y estampa mañana una arruga en sus ántes frescas mejillas.

Todos sabéis cuánto odio alimenta su pecho, y cómo reboza en sus labios esa amarguísima hiel.

Para ninguno de vosotros pasa desapercibido ese odio implacable que se ceba con casi salvaje saña en todo cuanto le rodea, sin que perdone de ningún modo á la belleza ni á la virtud de jóvenes solteras ni de afortunadas casadas,—oh! esto, jamás!—y seguramente me permitiréis que llame odio universal á esa pobre pasión, que vive como fuego constante y devorador en la más íntima del corazón de la solterona.

¿Qué necesidad tenéis de que yo os diga, mis amables lectores, que la solterona es la más perfecta encarnación de la envidia?

Vosotros veis constantemente, lo mismo que yo, sus cejas fruncidas, sus labios contraídos, si celebráis en su presencia las buenas cualidades, morales ó físicas, de Eloisa, joven soltera cuyo amor sollicita Carlos, Luis y Enrique; y advertís el despecho, la cólera, las más inequívocas señales de cordial aborrecimiento en su fisonomía, si la anuncias el próximo matrimonio de la Adela, y ponderáis el excelente partido que esa bella joven ha encontrado en el juicioso, bien acomodado, fino y agradable Odilio; y miráis la cólera contrariada, la refinada envidia, el odio impotente, pero infatigable, cómo se dibujan á un mismo tiempo en su marchito rostro, si habláis de la felicidad del matrimonio de Tula, y referís la solitud, el cariño, la felicidad, las comodidades y satisfacciones que le rodea, afanosos siempre, su esposo Felipe, hermoso, rico, considerado, dueño de un brillante porvenir.

Y según yo lo he observado y observo, observais y habéis también observado vosotros, cómo brillan en los ojos de la solterona,—adornados ya por alguna que otra arruga, más ó menos perceptible, en la parte que linda con las sienes,—chispas de profunda y diabólica satisfacción cuando se ha hecho público y llega á sus oídos el desliz de alguna joven, el engaño de que ha sido víctima, la deshonra que un libertino ha estampado en su pura frente; y cómo apenas puede disimular su gozo ni reprimir las muestras evidentes de una alegría casi infernal cuando una esposa se vé abandonada, despreciada por el hombre que la condujo al altar, ó cuando los vicios de este amontonan sinsabores y penas, miseria y duelo al paso de la infeliz mujer.

Y como la solterona—ave siempre de mal agüero—predice con fruición esas desgracias é infiltra la duda más cruel, la desconfianza más terrible en ánimos tranquilos, en felices familias.

Y cómo pone en juego las malas artes que su ruin despecho le sugiere, para empañar la reputación de más transparente pureza, para clavar una espina grosera en el más aparente confiado!

La revuelta superficie de muchas borrascas conyugales suele ocultar, no lo dudeis, la mano incansable de la solterona.

El secreto de que muchos amores naufraguen sin llegar al puerto del matrimonio, podéis encontrarlo en la maligna astucia de la solterona, si os deteneis á averiguar con calma.

Ella no perdona medio ni ocasión para hacer sentir los efectos de el odio universal que acaricia en lo más recóndito de su alma.

Por eso, si es verdad que la solterona llega pronto á lo ridículo, no es ménos cierto también que la solterona no tarda en hacerse despreciable y odiosa.

Miradla.

Rebelada contra la sociedad y contra la naturaleza, el ridículo más estrepitoso le acompaña siempre.

Si alguna vez lo tuvo ha perdido el gusto para vestirse y adornarse, y hoy sus esfuerzos sólo logran un título de extravagancia.

Si alguna mostró su fisonomía en otro tiempo, ahora lo exagera, y lo que ántes pudo agradar, hoy causa risa.

Si en otra edad atesoró algún encanto, de esos que seducen, no porque se ven, sino porque se adivinan; desde que el mundo la llama solterona, aquellos encantos se han perdido á fuerza de insinuados.

La solterona vive en continuo martirio, y su presencia descompone el cuadro más bello.

Es una berruga que le ha salido á la sociedad.

Una anomalía en el sexo hermoso.

Un objeto de mofa para el sexo escamado.

Y sin embargo, hace daño, muerde, pincha, explota ex-cépticos, tuerce voluntades y suele destruir algún porvenir ruiseño.

Hé aquí otra anomalía, no de la solterona, sino de la sociedad en cuya nariz ha nacido.

¡La solterona!

Ente ridículo y perjudicial.

Risible y temido.

Temible y burlado.

Para explicarnos tal anomalía y otras semejantes en que abunda el mundo moral, á imitación del mundo físico, sería necesario un estudio detenido de la organización social del mundo, y del modo de ser que caracteriza al individuo del siglo diez y nueve.

Y no cabe ese estudio dentro de este modesto cuadro.

Quizás os habrán parecido demasiado rudos algunos de los toques de mi inexperto pincel.

Quizás encuentre alguien muy descarnada ó demasiado á lo vivo esta pintura; pero yo creo lo contrario.

Los colores que he usado me parecen flojos, insuficientes para acentuar todos los perfiles del tipo de la solterona.

¡La solterona!

La conozco perfectamente, pero no acierto á pintarla.

Fáltales vigor á los colores de mi pobre paleta, maestría á mis pinceles, y espacio al lienzo de que dispongo.

La solterona! la solterona!

Yo la he visto en el paseo, en el seno de la familia, en el teatro, en el baile.

Ha sido mi vecina, mi contortulía; hasta he bailado con ella, y la he oído hablar mal de casi todas las mujeres y de muchos hombres; pero, sin embargo, no sé cómo completar este bosquejo, que me parece en extremo defectuoso.

La he sorprendido muchas veces sembrando la discordia en el florido suelo que pisan las parejas enamoradas; la he acechado mientras, sonriendo, inoculaba el virus de la desconfianza en el espíritu sencillo de alguna esposa infeliz; la he visto, imperturbable, clavar el brusco alfilerazo de la duda en el ánimo tranquilo de varios maridos.

Me he reído del ridículo que la rodea siempre, y me he indignado al mirar la satisfacción que en ella produce la desgracia de sus amigas y hasta de sus parientas.

Y creo que falta algo todavía.

¿Será que no he dicho nada de su físico?

¡Pero es esto tan difícil!

El tipo físico de la solterona varía hasta el infinito; pero hay en su fisonomía un no sé qué, un distintivo especial que os la hace reconocer muy pronto.

Las hay de diferentes estaturas, de diferentes colores, pero todas se parecen.

La solterona pasa generalmente de los treinta años, si bien en esto, como en todo, hay excepciones de precocidad.

En los bailes se queda casi siempre sentada, ó come pavo, como se dice aquí.

La solterona es uno de los tipos que más han llamado mi atención en las poblaciones donde he residido, y en todas me ha parecido, como si dijéramos, cortada por el mismo patron.

Pero conviene advertir que no toda la mujer que no se casa merece el dictado de solterona.

Conozco solteras de edad madura, dignas del mayor aprecio, y á éstas sería justo no confundirlas con la solterona, propiamente dicha.

Este epíteto debe sólo aplicarse á la que no se conforma con su estado al llegar á cierta edad, y se rebela contra el destino y contra la humanidad.

Si este tipo existe aquí—lo que no aseguro, lectoras mías, porque mis estudios sobre la solterona hélos hecho en otras partes;—pero si existe, vosotros, mis lectores, debéis conocerle, y habréis de convenir en que estas pinceladas carecen de colorido, y me he dejado los mejores toques en la paleta.

Vamos; que me he quedado corto!

MANUEL DE HANO.

Holguín, Enero, 1872.

REVOLTILLO TEATRAL.

TACON.—*Hernani*.—El niño Dionesi.

ALBISU.—*Isabel la Católica*.—*Los pavos reales*.

¡Pobre Hernani!

¡Cuatro noches seguidas ha resistido los embates de la suerte. ¡Suerte perra!

Cuatro noches seguidas se ha matado, como un señorito, cada vez que Silva le tocaba el cuerno. ¡Qué valor!

Pero yo no sé qué valor es más grande, si el de *Hernani* muriendo cuatro veces por el honor castellano, ó el del público que ha resistido las cuatro ejecuciones, rodeadas de idénticos detalles y de las mismas desafinaciones.

¡Qué constancia por ambas partes!

Hernani, que es un joven bien plantao, cantó mal la primera noche, pero en las siguientes ya lo hizo peor.

Carlos V podría ser lo mismo quinto que séptimo, que noveno, que vigésimo: cuestión de número!

Señores, seamos francos, cuando se representan personajes tan importantes, y sobre todo, tan conocidos, hay que caracterizarlos bien; hay que evitar el que salga falseada la verdad histórica; hay que pintarse, peinarse y vestirse como corresponde, y después cante usted todo lo que se le antoje.

La Bulli-Paoli se esfuerza por sacar á salvo la nave, y á ella se debe que el naufragio no sea completo.

Esta apreciable artista demuestra tanto afán por complacer al público y por hacer brillar las situaciones en que figura, que bien merece los aplausos que se le tributan. Canta perfectamente su aria y bien todas las demás piezas.

Pero no basta eso: *Hernani* es un ingrato, que por más que Elvira lo quiere, se empeña en hacerlo mal, sin que le puedan quitar de la cabeza tal idea.

Rossi-Galli cantaba bien su parte, pero cayó enfermo (con el permiso de la Autoridad) y le reemplazó ¿quién dirán ustedes?.... Mari. Es imposible encontrar otro artista ni más complaciente ni más á punto para sacar á la empresa de un compromiso.

Espero que un día se enferme la tiple, y entonces veremos.... sí, señor, lo espero.

El niño Romeo continúa haciendo las delicias del público, que admira cada vez más su precoz talento.

Ultimamente le hemos oído un aria de *La Favorita* y otra de *Jone*.

¡Qué afinación! ¡qué buen gusto! y qué verdad en la declamación!

Se ha repetido la *Sonámbula* con éxito extraordinario. Cuantas veces se cante esa ópera, obtendrá la De-Baillou una ovación completa, correspondiéndole á Palermi no pequeña parte en el triunfo. El entusiasmo del público el jueves rayó en frenesí.

Isabel la Católica se representó el miércoles en Albisu. Por supuesto, se conquistó á Granada; pero la verdadera conquista la hizo la Cairon, obteniendo un beneficio de primer orden, de esos de teatro lleno hasta los pasillos.

Ofi quejarse al público de mal acierto en la distribución de los papeles, y decían que por eso se observó cierta monotonía en algunas escenas.

Cuidado que no soy yo el que habla, sino los que murmuran en los corrillos, durante los entreactos y de quienes he recogido este especie.

La verdad es que la Cairon vistió muy bien y que la entrada fué muy buena, y que se escucharon muchos aplausos.

Los pavos reales es una lindísima comedia, en la que algunos de sus personajes están en caricatura, pero que encierra una lección moral muy provechosa y tiende á corregir un defecto bastante extendido en la sociedad.

Dos familias de media fortuna y de modesta clase, quieren engañarse mutuamente, pretendiendo ambas deslumbrar con un lujo que no está á sus alcances y fingiendo un tono y un rango que no pueden sostener.

A todos los recursos se apela para aparentar grandeza, figurando como principales autores de esta farsa las mujeres.

¡Razon no le falta al autor para demostrarlo así!

Esto dá lugar á escenas muy cómicas y á lances graciosísimos, que hacen reír á mandíbula batiente.

Desde que en el segundo acto aparece en escena la simpática figura del *Tío Roque*, se comprende que él ha de facilitar el desenlace, haciendo bajar á todos del elevado puesto en que se han colocado á impulsos de la vanidad, para dejarlos en su modesta posición. Pero en honor de la verdad, el desenlace es un poco violento, y aunque el *sermon* de tío Roque es muy bueno y contiene verdades de á folio, lo dice ántes de tiempo. Todo el mundo cree que el desenlace ha de tener lugar en aquella comida que viene á verificarse cuando ya está todo arreglado. Haciéndolo así, el autor ha renunciado á presentar una escena, la del banquete, que podría ser de las más graciosas de la obra.

Al hablar de la ejecución no puedo hacer más que tributar plácemes á todos. Ha sido una obra representada con el mayor esmero.

Mario estuvo inimitable. Carolina Fernandez, la Guijarro y la Urrutia, incomparablemente bien; Benetti, Reig y García, sin que se les pueda poner un sólo *pero*.

Total, que la del viérnes ha sido la mejor noche de esta semana en Albisu.

¡Buena rabiá les dará, cuando lo sepan, á los que no asistieron á esta función!

¡Que rabien!

JUAN PARTICULAR.

SARTENAZOS.

En el presente número publicamos el retrato del distinguido escritor mejicano D. José T. de Cuéllar, que se halla en la Habana de paso para los Estados-Unidos, como ya dijimos en otra ocasión.

El señor Cuéllar ha sido objeto de merecidos obsequios por parte de los señores que componen la prensa periódica habanera, y otros que han cultivado con éxito la literatura patria.

De estos obsequios, cuya relación debemos á nuestros lectores, haremos una detallada revista que verá la luz en el próximo número de JUAN PALOMO.

¡AY!

Naturaleza en calma
duerme, la noche media;
Como luciente faro
brilla la luna llena,
y en torno suyo agitanse
las trémulas estrellas;
es hora de misterios,
y en que la mente inquieta
absorbe mil extrañas
recónditas ideas;
es hora en que la vírgen
castos amores sueña;
es hora en que se inflama
el númen del poeta,
y es hora en que terribles
angustias enagenan
al hombre desdichado,
que, como yo, se encuentra
con que en su bolsa escuálida
no tiene una peseta.

RAFAEL VILLA.

Dice un periódico que Garibaldi ha sido nombrado en Francia presidente de una sociedad de protección á los animales.

Esto debe lisongear al héroe de Mentana; después de haber sido el paño de lágrimas de todos los republicanos del mundo, ha llegado al extremo de que se le considere digno de proteger á los brutos.

Estoy seguro de que nadie habrá echado en olvido que el domingo 8 tiene lugar un magnífico baile (descubiertas las cabezas) en los elegantes salones del *Casino Español*.

¡Qué han de olvidar! No hay individuo que no tenga mujer, hermanas, hijas, cuñadas, ó por lo ménos, novia, que se lo recuerde.

Como que el sexo débil está más interesado, si cabe, que el sexo fuerte, en la prosperidad de aquél instituto.

¡Hombre! á propósito, qué ganas tenemos todos de verlo instalado en el nuevo edificio que se proyecta y vea usted qué oportunidad para unir la alegría de la fiesta con el éxito de una idea por todos aplaudida.

¿Por qué no se pone en la secretaría ú otro punto del local, á disposición del público, en la noche del baile, el libro de inscripciones para la formación de la sociedad *El Casino*?

Vería usted cómo se suscribían aquella noche gran número de acciones: quizá el completo de ellas, porque no hay cosa mejor que aprovechar los momentos en que la gente está con las manos en la masa, como vulgarmente se dice.

JUAN PALOMO se atreve á hacer esta indicación á la Junta Directiva, en beneficio del público y para bien del proyecto.

¿Me complacerán ustedes?

Creo que sí.

Dice que me quiere Elisa,
y cual muchas elegantes,
diariamente vá á misa
por ver otros cinco amantes.
Yo, que soy joven modesto,
pienso por estas razones,
que admite mis relaciones
tan sólo porque haga el sexto.

JUAN AZO.

La comisión nacional montañesa de Colon ha invitado galantemente á JUAN PALOMO para las grandes fiestas que las provincias congregadas celebran en aquella población los días 7, 8 y 9 del corriente.

Muy agradecido quedo, y como pueda, voy.

SOLUCION A LA CHARADA DEL NUMERO ANTERIOR.

Solteron.

La descifraron Ariamo, el de los Jelechos, Juan Pámpano, Una castellana (Santa Clara), Pablo Borrasca, Burnandi, (Isabela de Ságua), Pancho Bascon, El barbero de la calle de Teniente Rey, Martin F. Pella, Juan el de Marras, El salamanquino de la plaza del Vapor, Martin Mendillarrí, El C. B. D. O., G. Melo, La Trocha de Cienfuegos, Potrero Rompemonte, Beguichiqui, Juan Verdades (Santo Domingo), Felipe Obeso.

Atencion!

El viernes 13 tendrá lugar en el teatro de Tacon el beneficio del inimitable niño Romeo Dionesi.

El pequeño artista cantará la romanza de tenor de *Barba Azul*, el aria de *Don Basilio del Barbero de Sevilla* y la canción española *La Paloma*.

Acude, público, acude, que bien merece el niño Romeo que recompenses su mérito.

CHARADA.

A París puso en un tris
la *tercia* tras la *primera*,
que es la *cuarta*, que lijera
atravesaba por París.
Oigo á la gente elegante
que los lunes vá al teatro,
hablar mucho de *dos*, *cuatro*,
como un actor importante.
Tú, lector de buena pasta,
que al todo sigue la pista,
tan sólo saber te basta
que lo tienes á la vista.

JUAN AZO.

—No se puede vivir, decía un padre de familia á un vecino suyo. ¡Está todo por las nubes!

—No diga usted eso, replicó el otro, porque ahora mismo acabo de leer, que por cuatro reales, en papel, le han dado á uno trece puñaladas.

Desde que tanto te quiero,
tú imagen llevo conmigo,
pero nunca llevar puedo
un centavo en el bolsillo.

El famoso padre Jacinto, que de la categoría de célebre sacerdote á descendido á la de modesto ciudadano, y cuya hostilidad contra el Papa lo ha llevado insensiblemente á ser papá, no se ha unido con una mujer cualquiera, sino con una señora de historia, segun los siguientes datos que prueban no es saco de paja la consorte del Sr. Jacinto Loyson.

La señora susodicha lleva á lo que parece, la cuarta conversión, habiendo sido dos veces protestante y dos veces católica. Se dice que ha sido una de las dos favoritas del famoso predicador protestante Henry Ward Beecher, gracias á cuya protección consiguió la correspondencia del *Times* de París, viviendo su redactor en jefe y propietario Enrique J. Raymond.

A un fabricante de bujías le van á hacer marqués de la Estearina.

No se dirá, pues, que el Gobierno no es amante de las luces.

SOLUCION AL GEROGLIFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

Dió Séneca un resbalon
al bajar una escalera,
cayendo sobre un cañon,
do entró por la chimenea.

Lo han descifrado á pedir de boca Alfredo Vera, El salamanquino de la plaza del Vapor, [con V., hombre, y no con B:] Juan el de Marras, Lo chiquet de Matanzas, el barbero de la calle de Teniente Rey, Pablo Borrasca, El de los Jelechos, Martin Antonio Mendillarrí, Un suscriptor (Cienfuegos), Buruandi, Potrero Rompemonte, El C. B. D. O., La Trocha de Cienfuegos, G. Melo.

El autor de dicho gerooglífico es don Juan Clatell, el cual nos lo remitió hace tiempo para su publicación.

Conste.

Aventuras de tres rusos y tres ingleses se titula un nuevo libro de Julio Verne, que ha publicado en Madrid la casa editorial de Medina y Navarro, y es uno de los más interesantes de tan popular autor, de cuyas obras se han agotado en España tres ó cuatro ediciones. Se vende en *La Propaganda Literaria* á cuatro reales ejemplar.

Un amigo mio ha tenido un hijo estos dias.

Al ver al recién nacido, dijo su padre:

—En cuanto abra los ojos, lo presento candidato á diputado, y ántes de que sepa hablar es ministro.

Como emblema de su amor,
le dió una flor Baldomero
á Blasa, y.... (al basurero
fué el mismo día la flor).

R.

La crema oriental de *Mad. Pompadour* es un específico de tocador indispensable para toda dama elegante.

Un acreditado farmacéutico de la Habana, el señor Santos, ha hecho de ella un escrupuloso análisis, del cual resulta que los productos de su composición son beneficiosos como ninguno para el cutis.

Las pecas, barros y manchas desaparecen con su uso, y las mujeres se ponen más bonitas que todas las cosas.

Falta advertir que se vende en su único depósito, botica de Losada, O'Reilly 31.

De una polluela hermosa y sin un cuarto
fué novio un individuo muy lagarto,
que, dando mico á la polluela hermosa,
casó con una vieja poderosa.
Bien dice doña Elvira:

—El amor de los hombres es mentira.

La representación de *Hernani* ha causado honda impresion en las familias.

Una señora casada le decía la otra noche, despues de la ópera, á su marido:

—Aprende á tener palabra: por cumplir la suya, *Hernani* cada vez que le tocan el cuerno se mata. Así deberías tú ser.

Leo en una estadística que durante el mes de Setiembre fallecieron en Madrid cuatro individuos de vejez.

¡Ay! cómo se conoce que esos caballeros no oyeron el *Hernani* en Tacon....

Nó, señor; porque, desengañémonos, viendo ese *Hernani* no es posible llegar á viejos.

Hace más de ocho dias que no se enciende el farol que hay colocado en la calle de las Animas, esquina á la del Aguila.

¡Ocho dias!

Pero no les parecerá á ustedes el plazo tan largo cuando sepan que en aquél sitio es donde peor está la calle, y que si los vecinos no se descostillan allí, es porque ya se han roto las costillas pocos pasos ántes.

¡Vea usted lo que son las cosas! y los encargados del alumbrado público sin pensar que aquél farol podría encenderse habiendo buena voluntad....

Al salir de Tacon el buen García,
cogió una pulmonía;
y aunque le dió la muerte,
por su fortuna negra,
aún tuvo don Gaspar más triste suerte,
que al salir de Tacon cogió una suegra.

Si quieres evitar todo fracaso,
al ver una mujer ó al sentir frío,
lector, aprieta el paso.

El lunes se representará al fin en Albusu la tan deseada comedia *El baile de la Condesa*.

Terminará el espectáculo con la preciosa pieza *Mentir con suerte*.

¡Qué funcioncita! eh?

Señores, que nadie falte al baile, porque si nó, se enfadará la Condesa.

Un autor dramático leía en el manuscrito del drama los nombres de los personajes.

—Ahí falta un nombre, exclamo el gracioso, que era muy descarado.

—¿Cuál?

—El de la protagonista, la que siempre está en escena.

—¿Cómo se llama?

—Doña *Monotonía*.

¿Han visto ustedes *Hernani*?

El barítono sale vestido de Carlos V., y canta en el tercer acto un aria diciendo que es imitador de Carlo Magno.

Pues, señor, si le imita bien, podemos decir que Carlo Magno *desafinaba*.

UNA LECCION SERIA.

Quinientos pesos *trasfirió* Vereá,
y lo hicieron alcalde de su aldea;
robó cuarenta mil en el juzgado,
y lo eligieron luego diputado;
y robó trece mil en el Congreso,
y al momento ministro fué por eso.
En cambio, un peso *trasfirió* Escalante
y le dieron la muerte en el instante.
Ya ves, lector, que la lección es seria:
Nunca es bueno robar una miseria.

JOSE ROZAS.

El barbero de la calle de Teniente Rey ofrece afeitarse gratis tres veces al que acierte el siguiente

PROBLEMA.

¿Qué se necesita para abrir una puerta que tenga las siguientes dimensiones:

Latitud 6 pies 3¼ pulgadas españolas.
Longitud... 14 pies ¾ " " inglesas?
Profundidad 3 " " "

Cuenta un periódico que un personaje de la aristocracia recorre la Irlanda actualmente, tocando un organillo que lleva en un carrito tirado por un jumento. Esta excursion es resultado de una apuesta acerca de lo que puede producir este modo de ganarse la vida.

¡Animalito!

Lo digo por el jumento, no por el joven de la aristocracia. Lo que debe luego hacer ese apreciable sujeto es ponerse á tirar del carrito para saber cómo se gana la vida de otro modo.

Te sueño, te busco, te veo, te admiro,
te sigo, te llamo, te paro, te ruego;
me escuchas, te ríes, te burlas, suspiro;
te ríes, yo lloro; tú nieve, yo fuego.

Tú ingrata, yo firme; tú esquivo, yo fiel;
tú alegre, yo triste devoro mi amor;
tú gozas mirando mi pena ¡crúel!
yo peno mirando tu fiero rigor.

Permitan los hados que adores á un necio,
y el necio insensible se aparte de tí,
y á tus amorosos desvelos, desprecio
tan sólo del necio recojas, ¡oh, sí!

Permitan te casen con un viejo adusto,
celoso, ridículo, asmático y feo,
que no te conceda ni el más leve gusto,
ni ver tus amigas, ni el ir á paseo.

Y al verle de noche, junto á tí, sin dientes,
cual mómia viviente brindarte caricias,
te crispes de miedo, te den accidentes
y vivas cien años en tales delicias.

FRANCISCO B. RUIZ.

Leo en *El Cronista*, que el gobernador English ha regalado á las biblioteca de leyes de New Haven, libros por valor de cien mil pesos.

Aplaudo el regalo. Cien mil pesos gastados por quien puede en libros es una bagatela.

¡Cuando recuerdo que muchos más se invirtieron en ciertas zapatillas, me pongo de mal humor!

GEROGLIFICO.



(La solución en el próximo número.)

Establecimiento tipográfico de "La Propaganda Literaria,"
CALLE DE O'REILLY NUM. 54.—HABANA.